



Fotografía: Mariana Yampolsky. St./sf. Puebla, México. © Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A.C., México.

Aprendizajes intergeneracionales en los surcos de chile y jitomate

Experiencias con niñas, niños y mujeres de familias jornaleras agrícolas migrantes

Ana María Méndez Puga

Facultad de Psicología, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo | Morelia, México
mendezana22@gmail.com

Irma Leticia Castro Valdovinos

Programa Educación Preescolar y Primaria para Niñas y Niños de Familias Jornaleras
Agrícolas Migrantes, Gobierno de Michoacán | Morelia, México
leticiaastrov@yahoo.com.mx

Introducción

Las familias jornaleras agrícolas que viajan a los campos agrícolas de Michoacán, provenientes de los estados de Guerrero, Oaxaca, y del propio Michoacán, constituyen grupos poblacionales en movimiento que viajan en familia, buscando opciones de supervivencia. La estructura y dinámica de las familias y el proceso adaptativo a las condiciones de cada campo, cultivo y campamento (lugar para vivir) hace necesario que las mujeres desplieguen una serie de actividades de enseñanza y de aprendizaje que faciliten el que toda la familia, y las propias mujeres, aprendan a ser productivas en medio de las condiciones difíciles en que viven.

La familia, además de buscar el mejoramiento de la calidad de vida, resguardarse como grupo social y protegerse como un colectivo diferenciado, delimita y señala a sus miembros las pautas de comportamiento que les permitirán interactuar dentro y fuera de ella; es entonces el principal grupo socializador y el núcleo protector de las niñas y los niños. Este grupo, que se ve influido por el contexto, y que a su vez lo influye, constituye un microsistema que facilita el desarrollo de cada uno de sus miembros, en función de sus sistemas de creencias y de las expectativas que han ido construyendo en torno a cada uno, pero que ante todo, trata de mantenerse con la estructura más funcional. La familia no sólo organiza la estabilidad y el cambio, sino que también “se defiende ante el cambio”, con lo cual podrían estar de acuerdo muchas mujeres jornaleras.

Los adultos de la familia se organizan, planean y toman decisiones en función de un cambio de residencia y de lugar de trabajo que les permitirá mejorar su calidad de vida, aunque en ese proceso tengan que vivir situaciones más complejas, y en ocasiones más precarias, que la vida en su lugar de residencia; es justamente por ello, tal vez, que asumen esa idea de defensa.

Sin posiciones fatalistas las mujeres asumen que “así toca vivir” para “tener algo”. Día a día hacen el trabajo que “les toca”, y en ocasiones pareciera que “todo les toca”, es decir, les corresponde hacer todo: buscar el sustento de la familia, criar a los hijos e

hijas, atenderlos, educarlos y cuidar de la familia ante las vicisitudes del viaje.

Considerando lo anterior es que se planteó comprender el proceso de interaprendizaje cotidiano desde el cual las familias se construyen y reconstruyen día a día. Y por otro lado, responder a la demanda de apoyar el aprendizaje de las mujeres, en torno a lo que implica la vida en el pueblo y la ciudad, dada la necesidad de información y de desarrollar pautas de comportamiento que les permitan interactuar de mejor manera con el medio. Si bien un gran número de mujeres logra descubrir y construir lo necesario para generar procesos adaptativos, transmitiéndolos a sus hijas e hijos, otras requieren del acompañamiento de los más expertos (los que tienen mayor experiencia como migrantes y los líderes). Lo que se aprende para “moverse en el medio” que va desde cómo dirigirse al cuadrillero, cómo solicitar servicios médicos, cómo preguntar, etc., constituye parte de lo que se podrían llamar aprendizajes sociales, mismos que facilitan el tránsito por los pueblos y ciudades agrícolas en donde se trabaja y que se van aprendiendo de generación en generación.

Actividades

La Universidad Michoacana, la Secretaría de Salud y organizaciones no gubernamentales como IEMDES y Producciones Superpadres, en coordinación con el programa PRONIM (Preescolar y Primaria para Niñas y Niños Jornaleros Agrícolas Migrantes, perteneciente a la Secretaría de Educación Pública), ofrecen una serie de talleres dirigidos a la población de los campamentos y vecindades en temas como: Prevención del abuso sexual; Derechos de las niñas y los niños; Reflexión sobre género y roles; Promoción de la lectura, entre otros. El PRONIM cuenta con el apoyo de una red interinsitucional en salud, capacitación en derechos humanos y comida para niñas y niños, entre otros.

En función de lo anterior, y a partir de la interacción de las investigadoras y de los diferentes conductores de los talleres que se ofrecen a las familias en los campamentos de jornaleros agrícolas, en los

albergues, en las aulas móviles o en los campos, es que paulatinamente se fueron construyendo grupos informales de trabajo a iniciativa de los talleristas o de las propias familias: grupos de un día, de dos días, o de todo el ciclo agrícola, constituidos por los profesores, las niñas, niños, jóvenes, madres, padres, investigadores, asesores y formadores, quienes trabajan y viven temporalmente en los campamentos y vecindades de Tanhuato y Yurécuaro.

El trabajo que dio origen al texto que aquí se presenta es resultado de la interacción con padres y madres de familia de las niñas y niños que acuden a la escuela primaria y al preescolar del PRONIM.

Las actividades principales fueron: entrevistas, grupos de discusión, observación participante y talleres de promoción de la lectura, en los que participaron niñas, niños, jóvenes, profesores, madres y algunos padres. El diálogo constituyó la esencia del trabajo, un diálogo en el que la posición de escucha casi siempre estaba del lado del equipo de trabajo (personal del PRONIM, investigadores y talleristas).

Resultados

Los principales resultados se organizan en categorías que caracterizan a las familias y que dan cuenta de varios de esos saberes intergeneracionales, que se van dando en los campos, en el viaje, en los campamentos o cuarterías.

Tipos de familias

La mayoría son familias jóvenes, en edad de procrear hijos. Las edades de la mayoría de las madres van de los 18 a los 34. Estos resultados coinciden con los de la *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco* (Grammont y Lara, 2004), en donde se reporta que la mayoría de las jefas y jefes de hogar entrevistados están en el rango de 15 a 34, siendo el más alto el de 20 a 24.

Son familias recompuestas y con configuraciones nuevas y tradicionales. Varias son familias nucleares donde están presentes el padre, la madre y

dos o tres hijos. Hay también familias semiextensas, compuestas por la familia nuclear con algunos parientes, aunque en sus comunidades no vivan de ese modo. La familia extensa también aparece, y son aquéllas conformadas por la pareja de abuelos de entre 45 y 50 años o más, con hijos casados que van con varios pequeños, más los hijos solteros; algunas de éstas están configuradas así desde sus lugares de origen. Abajo un ejemplo de familia extensa dibujada por un niño de Tlapa, Guerrero.



Algunas familias son uniparentales nucleares, con jefatura de hogar femenina, en las que los hijos pequeños (5 a 8 años) acompañan a sus madres al trabajo para cuidar a los bebés. Hay también algunas familias uniparentales semiextensas, que son familias uniparentales, conformadas por una mujer con sus hijos, que viaja con una o dos de sus hermanas y los sobrinos.

También existen familias en las que hay un hombre con dos mujeres: la pareja y frecuentemente la hermana de la pareja. Cada una de ellas viaja con sus hijos, lo cual coincide con lo que se ha observado en otros campos agrícolas, en particular en los de Puebla (Hernández, 2005). En estos grupos la convivencia, desde la perspectiva del foráneo, puede parecer suave, sin embargo, suelen vivirse diversos conflictos.

En cuanto a cómo se les observa funcionar, se puede comentar que varias de las familias son altamente funcionales, a pesar de los cambios de residencia continuos; no obstante, esa funcionalidad de las familias en movimiento se va dando en la medida en que se adapta a esa forma de vida. En lo que respecta a la solución de problemas, elemento primordial de la dinámica de una familia, se observa que ponen atención principalmente a aspectos considerados

por sus miembros como de subsistencia: contar con un empleo, por ejemplo. Si el problema es que no hay un lugar donde dormir al llegar al campo, pasan las noches en el vehículo en el que viajan mientras encuentran lugar, pero lo básico es lograr emplearse; cuando enfrentan situaciones de atención urgente a la salud, buscan apoyo en las otras familias. Los roles que cada miembro asume en ese viaje definen también las formas de comunicación, ya que generalmente quien viaja como jefe o jefa es quien establece las pautas y mecanismos de comunicación:

B: Nuestros papás nos llevaban a Sinaloa, así como nosotros traemos aquí a nuestros hijos, y ellos, quién sabe a dónde llevarán a los suyos.

C: Casi nada me da miedo ahorita. Me da miedo ser viejita, porque ya no voy a poder trabajar, creo que voy a estar descansando cuando ya lo sea, para entonces no voy a venir, sólo mis hijos y sus hijos.

Las familias siempre están en proceso de cambio en la medida que viven sucesos que reorganizan y transforman a sus miembros, como el nacimiento de los hijos, alguna enfermedad, el cambio de vivienda, etc. Las familias jornaleras, en cierto modo, experimentan más cambios en su estructura y dinámica que las familias que no emigran, originados precisamente por la movilidad. En muchos casos estos cambios son aprendidos de otros más expertos y se enseñan a los menos expertos, como puede verse en el párrafo anterior.

Movilidad

La pareja toma la decisión de viajar y con ello inicia una serie de cambios, que a decir de las mujeres, incluye una serie de actividades que varían de familia en familia, pero que en general podrían ser las más comunes: encargar la casa, encargar los animales (si los tienen), pedir prestado para los gastos mientras se comienza a trabajar, hacer acuerdos de viaje con algún transporte colectivo o buscar apoyo en alguna familia que tenga vehículo, y finalmente, al llegar al campo agrícola, buscar vivienda y trabajo. Ya

instalados, el tipo de vivienda que encuentren y su ubicación también serán cruciales para que la familia logre adaptarse y generar los cambios pertinentes en esa nueva forma de vida.

La familia, como sistema, tendría que ser capaz de adaptarse cuando las circunstancias cambian, lo que podrá hacer si ha desarrollado capacidades para hacerlo, en términos de comunicación efectiva, definición de los roles y la posibilidad de atender aquello que ellos y ellas mismas han definido como lo más importante para el grupo social. Muchos de estos aspectos están en función de la información que se posee y de cómo pueda comportarse o cómo ha visto a otros hacerlo, a partir de su pertenencia a una amplia red de familias que comparten la movilidad como forma de vida.

La mayoría de las familias viaja de su comunidad a algún campo y regresa a casa, pero es casi seguro que volverá a buscar trabajo en otro campo antes de volver al que ya conoce; sin embargo, pareciera que para muchas familias, hoy, a estas formas tradicionales de migración se incorpora un nuevo modelo de transmigración, el cual ya no sigue la lógica de migrar para sobrevivir sino de “vivir migrando”, lo que implicará cambios continuos, adaptaciones e interaprendizajes.

Vivienda e interacción

Dentro de los campamentos o en los cuartos de las vecindades, la relación diaria y la interacción es, en ocasiones, más íntima y cercana que en sus comunidades, por lo que hay momentos en que las historias personales se vuelven la historia de todos, es decir, las familias se constituyen en sujetos colectivos, de tal suerte que los vínculos que los unen se hacen más fuertes y los conflictos se vuelven, en cierto modo, más complejos.

En este sentido, se observó que las condiciones de hacinamiento, que provocan situaciones de mayor intimidad, también permiten que cada uno esté mucho más expuesto/a a la mirada del otro de manera continua, lo cual propicia mayores dificultades en la interacción y en la dinámica diaria, al mismo



Fotografía: Mariana Yampolsky, St./sf. Pahuatlán, Puebla, México. © Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A.C., México.

tiempo que se afianzan los vínculos, lo que puede parecer contradictorio, pero lo que se pudo observar es que a pesar de estar todos juntos y discutir por cualquier situación, se suelen reforzar los límites para impedir la intromisión de los otros si ésta no se considera necesaria o pertinente. Esta forma particular de habitar el espacio y el tiempo constituye un aprendizaje para los más pequeños y para los jóvenes, ya que se van alertando y dando sugerencias acerca de cómo cuidarse de noche, cómo cuidar los objetos personales, cómo cuidarse para ir al sanitario, etc. Para aquellas familias que no propician estos aprendizajes, el riesgo para los niños y niñas, y para mujeres jóvenes, es mayor.

Escolaridad e interaprendizajes como posibilidades de futuro

Las mujeres que participaron en las diferentes actividades (talleres, pláticas, conversaciones informales),

fueron en su mayoría mujeres mayores de 26 años, madres de niñas y niños que acuden a las escuelas PRONIM y algunas más con hijos o hijas en la escuela en Tanhuato y Yurécuaro, pertenecientes a familias provenientes de Guerrero y que se han quedado a vivir ahí. La mayoría casi no tenía escolaridad, no se habían alfabetizado y tenían pocas posibilidades de expresarse en español, por ser casi monolingües en su lengua materna; otras, más jóvenes aún (18 años) tenían historias de migración desde que nacieron (una familia comentaba que ellos aprenden a cortar el chile y a andar en el surco desde que están en el vientre de sus madres). Un porcentaje menor tenían hasta cuatro y cinco grados de escolaridad, y muy pocas habían concluido la primaria, aunque hubo excepciones de mujeres que habían cursado un grado de secundaria. En un estudio realizado en Baja California Sur, Sinaloa, Sonora y Jalisco se encontró que los jefes de hogar entrevistados tienen un promedio de escolaridad de 4.6 grados escolares en el

rango de edad de 20 a 24; en el caso particular de las mujeres, en ese mismo rango, tienen 3.6 grados escolares (Grammont y Lara, 2004).

Una de las actividades a la que puede aspirar la mayoría de las mujeres que tienen mayor escolaridad es el ser “contadora”. Se encontró sólo a una que comentó “ser ocupada” por el cuadrillero para esta actividad. Su trabajo consiste en registrar la cantidad de cubetas de jitomate y/o arpillas de Chile que van llenando los integrantes de la cuadrilla. Trabajar como contadora es considerado como uno de los mejores cargos dentro de la cuadrilla, ya que perciben un mejor salario y cuentan con un estatus más alto dentro del grupo. Son pocas las mujeres que aspiran a una ocupación como ésta, ya que por lo general es una responsabilidad asignada a los hombres. La “contadora” comenta que fue escogida por el cuadrillero por tener estudios de secundaria, pero que no le fue fácil llegar a ese “cargo”; cabe aclarar, sin embargo, que el hecho de no haber ido a la escuela no implica que carezcan de los elementos para realizar esta función, ya que desde pequeñas lo aprenden, al igual que sus hijos e hijas.

La escolaridad facilita en cierto modo el acceso a la información y la interacción con contextos diferentes al propio; sin la habilidad para la lectura, y la escritura y sin vocabulario suficiente, muchas mujeres no saben cómo explicarse algunos fenómenos que les toca vivir, por ejemplo: el hecho de que no fuera posible contar con un trabajo; el hecho de que todo fuera más caro en la tienda junto al albergue o el hecho de que no los “aceptaran” en la comunidad, o bien, la discriminación entre ellos mismos. No obstante, otras mostraron tener claridad acerca de lo que les pasaba, y por lo mismo eran capaces de enunciar los problemas y las posibles soluciones. Varias comentaron que se les dificultaba la crianza de sus hijos fuera del ámbito de su comunidad, donde parecía que todo estaba más acorde a sus creencias. En varias ocasiones, durante las entrevistas, hicieron preguntas o solicitaron apoyo para resolver alguna dificultad.

En la interacción entre las diferentes familias se ponen a discusión creencias y formas de pensar

distintas, en particular las relacionadas con el desarrollo de los niños y niñas, así como los estilos de crianza. En varias ocasiones las mujeres pueden verse confrontadas y cuestionar cómo piensan y qué hacen, y algunas incluso pueden tratar intencionalmente de influir en las otras para atenuar dificultades en la interacción de los niños y de las niñas, por ejemplo, en una de las sesiones, una de las señoras comenta “a mi niña le pegan y el maestro no hace nada, pero si yo no le pego en la casa cómo voy a dejar que otro me la maltrate, yo creo que los que pegan es porque les pegan en sus casas, así me lo dijo una doctora en una plática...” o “lo más importante es que quieran a nuestros hijos y los reciban con amor; si van para otro lado, las mujeres deben ver que les traten bien a sus hijos, o si no, mejor que ni vayan a la escuela, es la primera vez que veo que a mis hijos los reciben con cariño en la escuela”.

En esas interacciones se dan aprendizajes y se viven conflictos que surgen a partir de vivencias como las que se generan debido a la discriminación: en varias de las familias se escucharon comentarios despectivos en torno a los otros (familias de grupos indígenas diferentes), al mismo tiempo que se viven las situaciones de lejanía por parte de la comunidad receptora.

En esas prácticas y actitudes de los padres y madres, los niños aprenden a relacionarse consigo mismos y con los otros, y van construyendo elementos para su futuro, por lo que en ocasiones son las niñas y los niños quienes generan nuevos aprendizajes en los adultos, tanto en lo relativo al trabajo como a las relaciones o a la dinámica de vida en el campamento.

Así pues, la gama de situaciones que les plantea el día a día a las familias propicia la constitución de sujetos diversos, de tal suerte que la construcción de una mujer trabajadora o un hombre trabajador, en los campos agrícolas, pasa por ser parte de una familia jornalera, ya que desde los primeros pasos se aprende a caminar en los campos, a caminar luego con los hermanos en la espalda y luego a ir siguiendo el surco en el corte. Habrá que generar la posibilidad de que también se aprenda el camino a la escuela, que también se carguen los libros y los cuadernos,

que el aula sea un espacio no sólo para entretenerse un rato, sino un espacio verdadero, propio y apropiado a estas niñas y niños, que posibilite otras representaciones del mundo y otras construcciones sociales, y logre que las dinámicas familiares propicien nuevos aprendizajes, en el sentido de todo lo que pueden aportar niñas y niños desde su participación en la escuela al demandar a los padres la vinculación y la participación con ésta.

La escolarización sigue siendo una expectativa y una pauta y práctica de crianza importante en las familias. Los padres y las madres consideran que sus hijos deben ir a la escuela, aunque no tienen claro cómo sucederá esto si están toda la mañana trabajando. Lo que sí se ha observado es que la mayoría de ellos, y algunos adolescentes y jóvenes, constituyen un elemento de apertura a otros saberes con los que padres y madres interactúan, y desde los que también van accediendo a información y entendiendo el mundo, por ejemplo: cuando una de las niñas llegó diciendo que había hecho un video sobre los derechos y que los niños tenían derechos; o cuando un joven de secundaria, en silla de ruedas, miembro de las familias asentadas demanda a su familia el apoyo para ir a la Secundaria de Medios que les ofrece el PRONIM, y allí comienza a utilizar una computadora, él se constituye en un vínculo de la familia con esos nuevos saberes.

Recomendaciones para la acción

Es deseable que el trabajo educativo con mujeres jornaleras agrícolas y sus familias, se realice desde alguna institución que esté brindando un servicio (instancias del sector salud, de desarrollo social, u organizaciones de la sociedad civil).

Es necesario que la presencia de los promotores o educadores en los campos agrícolas esté apoyada por los empresarios o dueños de los campos agrícolas.

Es necesario trabajar en torno a las creencias de las familias en lo que respecta a la crianza y desarrollo

de niñas y niños, no sólo por el trabajo infantil que es común en la mayoría de los campos, sino por cierta “naturalización” de la violencia hacia ellos, como algo necesario a su desarrollo. Sin embargo, este trabajo deberá emanar de un equipo multidisciplinario que no lleve a generar conflictos, como los que se dieron en los campos de Sinaloa y Baja California cuando se eliminó el trabajo infantil, y donde padres y madres viajaron solos dejando a niñas y niños sin su apoyo y, en ocasiones, sin la posibilidad de volverlos a encontrar al haberlos dejado en internados.

Los aprendizajes intergeneracionales que se dan al interior de las familias y entre las familias son relevantes a la dinámica laboral, ya que cada viaje enseña algo, y cada experiencia en el surco propicia que se aprenda o que se evite volver a vivirla.

Es necesario que en el trabajo con las familias se propicie el que los padres y madres participen en procesos de aprendizaje intencionados, que les permitan asumirse como aprendices, capaces de plantear sus demandas de apoyo en el acceso a la información, en la orientación sobre sus derechos y que se interesan por poner sobre la mesa sus concepciones en torno al mundo, no sólo para ser cuestionadas, sino también para que les permita a otros apropiarse de saberes que han pasado de generación en generación y que podrían perderse. Un buen comienzo para hacer esto posible es lograr que participen en la escuela de sus hijos e hijas, y paulatinamente asumirse convocados a aprender, y no sólo a saber cómo van sus hijos e hijas.

Lecturas sugeridas

LEAL, S.O. (2007), “Familia y escuela en comunidades de jornaleros migrantes”, *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, México, Universidad Intercontinental, año/vol. 9, núm. 1, enero-junio, pp. 49-66;

<http://redalyc.uaemex.mx>

GRAMMONT, H.C. Y F.S. LARA (2004), *Encuesta a hogares jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales, Cuadernos de Investigación núm. 30.

- RAMÍREZ, J.M. (2001). "Situación de vulnerabilidad de las niñas y los niños migrantes en México. Problemática para su acceso a una educación de calidad", en Norma del Río Lugo (coord.), *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), pp. 55-78.
- SALINAS, BERTHA, L. PORRAS Y G. HUERTA (2006), "Autopercepciones de madres rurales: implicaciones en el modelaje a sus hijas en edad escolar", en Santiago Cueto (ed.), *Educación y brechas de*

equidad en América Latina, Santiago de Chile, Fondo de Investigación Educativa del Programa para la Promoción de la Reforma Educativa en América Latina/Editorial San Marino:

http://www.mineducacion.gov.co/cvn/1665/articles-127002_archivo_pdf.pdf

- YURÉN, TERESA (2008), *Aprender a aprender y a convivir. Fundamentos teóricos de una estrategia educativa con familias jornaleras migrantes*, México, Casa Juan Pablos:

<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=13211845009>



Ilustración: Valentín Juárez. "El brasileño esmerado".